

zante; pero, si trataba de espantar á la poblacion, distaba mucho de querer destruir una ciudad, cuyas riquezas iban á formar el principal recurso de su ejército. Despues de algunas bombas, que causaron mas ruido que estrago, intimó la rendicion al general Blake. Este dió una respuesta negativa, pero ambigua. Se siguió bombardeando sin interrumpir los parlamentos. Al cabo el 9 de enero de 1812, el ejército del general Blake se rindió prisionero de guerra en número de diez y ocho mil hombres. El mariscal Suchet hizo una entrada triunfal en Valencia, justo premio de combinaciones prudentemente concebidas, enérgicamente ejecutadas, y felizmente auxiliadas por las circunstancias. Con calma y casi con satisfaccion acogió la poblacion á un gefe, cuyo buen gobierno encomiaba Aragon todo, y no se mostró apesurada de ver concluida una guerra horrorosa, que, en la ignorancia en que á la sazón se estaba de lo futuro no parecia ya ofrecer ventajas mas que á los ingleses, tan odiosos para los españoles como los franceses.

Dióse el mariscal Suchet prisa á introducir en la administracion del reino de Valencia el mismo orden que estableció en la de Aragon, á fin de asegurar á su ejército aquella continuacion de bienestar que permitia sacar de él tan eminentes servicios. Disposicion mostraban tanto Valencia como los pueblos comarcanos á prestarse á la accion de su autoridad, y podia prometerse una sumision tan completa como la que en Aragon habia obtenido. Sin embargo convenia que conservase bastantes tropas, con el fin de tener á raya á la parte turbulenta de la poblacion, que ya se habia lanzado á

las montañas, y se preparaba á aprovecharse del desparramamiento de nuestras fuerzas, necesariamente producido por la extension del territorio ocupado, para tratar de perturbar á Murcia, Cuenca, Aragon y la baja Cataluña. Aqui no dependian de él los acontecimientos, sino de una autoridad muy superior á la suya, y que era la única que se hallaba en posicion de sacar del último triunfo las últimas consecuencias que podian ser sacadas.

La toma de Valencia, sucediendo á la de Taragona, era sin contradiccion un hecho feliz y brillante, capaz de ejercer en la Peninsula una influencia moral de importancia, si bien con ciertas condicionés; por ejemplo, que, lejos de disminuir las fuerzas, se las proporcionara á la extension de lo ocupado; que la precipitacion con que se habia trasladado tan gran porcion de ellas al Este, y que dejaba libre el campo á los ingleses hacia el Oeste, fuera prontamente reparada; que no se diera á estos espacio para aprovecharse de ella, y que por el contrario no se desperdiciara esta coyuntura para obrar en contra suya con vigor extremado. Si efectivamente se aumentaba lo bastante el ejército del Norte, para que, no solo pudiera contener á las partidas, sino cubrir á Ciudad-Rodrigo; si se aumentaba lo bastante el ejército de Portugal para que pudiera invadir la Beira ó el Alentejo, ó al menos contener á lord Wellington; si finalmente se reforzaba lo bastante el ejército de Andalucía para que pudiera tomar á Cádiz y añadir el lustre de esta conquista al de la de Valencia, entonces la mitad del ejército de Andalucía, unido á todo el ejército de Portugal y á un destacamento del ejército del Norte, podia empujar á los ingleses hacia



Lisboa, y bloquearlos en sus líneas hasta el momento en que se tentara un esfuerzo supremo para forzarlos en ellas. Por desgracia era difícil que se llenaran estas condiciones en la situación presente, con el movimiento que trasladaba todas las cosas hácia el Vistula en vez de trasladarlas hácia el Tajo. De pronto acababa Napoleon de prescribir que, tomada Valencia, volviese el general Reille á entrar en Aragon con sus dos divisiones, para dejar al general Caffarelli en libertad de volver á Castilla y á la Guardia imperial la de entrar en Francia. Asi, apenas se tomó posesion de Valencia el general Reille retrocedió camino, y el mariscal Suchet se halló reducido á sus solas fuerzas, con las cuales bastaba para gobernar pacíficamente á Valencia, mas no ciertamente para operar lejos, y sobre todo hasta Murcia ó Granada. No obstante se aprovechó de las fuerzas que retrogradaban para desembarazarse de sus prisioneros y dirigirlos á Francia.

Napoleon que al principio se propuso que, después de la toma de Valencia, relluyera contra los ingleses una masa decisiva de fuerzas y que por esta razon se quedase en Castilla su guardia todo el invierno cuando menos, ya no pensaba en tal cosa, apremiado como estaba por ciertas circunstancias, que referirémos en breve, á trasladar sus ejércitos junto al Vistula, y se habia decidido á llamar inmediatamente á su Guardia, á los polacos, á los cuadros de cierto número de cuartos batallones y á parte de sus dragones.

Efectivamente en los últimos dias de diciembre acababa de volver á pedir al general Dorsenne su Joven Guardia, lo cual traia consigo una disminu-

cion de doce mil hombres por lo menos; de volver á pedir al mariscal Soult y al mariscal Suchet los regimientos del Vistula, lo cual significaba una nueva disminucion de siete ú ocho mil polacos, soldados excelentes, disminucion funesta sobre todo para el mariscal Suchet, que se quedaba con quince mil hombres en el reino de Valencia. Además acababa de llamar á los cuartos batallones, que habian formado el 9.º cuerpo, y pertenecientes casi todos á los regimientos del ejército de Andalucía. Previno que el efectivo de estos cuartos batallones se derramase en los tres primeros, y que los cuadros se encaminasen á Bayona, donde se debia formar una nueva reserva, llenándolos de quintos. Pero esta partida iba aun á producir otra reduccion inmediata de doce ó trece mil hombres que por su calidad se debian echar de menos. Finalmente Napoleon acababa de llamar á doce regimientos de dragones de los veinte y cuatro empleados en España. Verdad es que todo esto se hacia con muchas precauciones, pues inmediatamente no habia llamado mas que á cuatro regimientos completos de dragones, no debiéndose retirar los escuadrones de los otros ocho sino sucesivamente y á medida que perdieran su efectivo. Asi se iba á empezar por llevarse el tercer escuadron tan solo, dejando en los dos primeros todos sus hombres y haciendo marchar no mas que los cuadros; luego se practicaria lo mismo respecto del segundo, y asi sucesivamente, dejando todos los soldados y llevándose únicamente los oficiales y sargentos. De este modo se debia disminuir muy poco en España el efectivo de caballeria, porque la experiencia habia acreditado la casi imposibilidad de mante-



ner aqui en buen estado veinte y cuatro regimientos de caballería, con especialidad por el consumo de caballos, y en interés del servicio convenia mejor tener doce regimientos atendidos del todo, que veinte y cuatro siempre incompletos y no teniendo á menudo cada escuadron mas que treinta ó cuarenta hombres montados.

A pesar de estas habiles combinaciones, las nuevas providencias iban á sacar de España veinte y cinco mil hombres y de los mas excelentes. No pensando ya Napoleon en la marcha combinada de dos ejércitos sobre Lisboa, adelantándose uno por la Beira y el otro por el Alentejo, sino pensando solo en guardarse de un movimiento ofensivo de los ingleses sobre Castilla, que pusiera en peligro nuestra línea de comunicaciones, acababa de cambiar de destino al mariscal Marmont y de trasladarle de las orillas del Tajo á las del Duero y haciéndole por tanto repasar el Guadarrama, todo mientras se tomaba á Valencia. Le previno que abandonara á Almaráz y fuera á establecerse á Salamanca con las seis divisiones del ejército de Portugal, á las cuales añadió otra, la del general Souham, que era la cuarta de la reserva. La division de Bonnet debia de formar la octava, si bien quedándose hasta nuevas ordenes en Asturias. Siete contaba pues el mariscal Marmont para Castilla. Vuelto de Navarra el general Caffarelli y de ocuparla momentáneamente durante el movimiento del general Reille sobre Valencia, sucedió al general Dorsenne en el mando del ejército del Norte. Para reemplazar á la Guardia debia recibir una de las cuatro divisiones de la reserva, y tenia orden para suministrar al mariscal Marmont doce mil

hombres cuando menos en caso de una operacion ofensiva de los ingleses. José debia prestarle cuatro mil hombres del ejército del centro. Suponiendo Napoleon á este mariscal fuerte de cincuenta ó sesenta mil hombres por consecuencia de estas combinaciones, le encargaba que hiciera frente á los ingleses, que protegiera contra ellos nuestra línea de comunicaciones y que al mismo tiempo cubriera á Madrid, si trataban de dirigirse á este punto, como lo hicieron en la época de la batalla de Talavera. Finalmente como la partida de la Guardia era la que determinaba la nueva posicion señalada al ejército de Portugal, se prescribió al mariscal Marmont que se atuviera desde luego á las instrucciones que le acababan de ser comunicadas.

Pero á la hora en que le llegaban estas órdenes en los primeros dias de enero de 1812, se hallaba el mariscal Marmont en el mayor apuro para obedecerlas, porque á causa de la precipitacion extremada con que se habia procedido á la concentracion de fuerzas sobre Valencia, intimósele que destacara hácia esta ciudad al general Montbrun con dos divisiones, una de infantería y otra de caballería. Y el general Montbrun, en vez de detenerse en Cuenca, á semejanza de la division de Darnagnac enviada por José, y de aguardar alli á que se necesitase de ella, obró de otro modo. Aprovechándose de su libertad y de la estacion que facilitaba las correrías por España, se adelantó hasta las puertas de Alicante que, prontas á abrirse al mariscal Suchet, le fueron á él cerradas.

Podia el general Montbrun haber cometido una falta, bien excusable con su carácter y bien ligera



en comparacion de sus eminentes servicios; pero errase ó no errase, lo positivo era que se hallaba á ochenta leguas de Almaráz ó ciento, y mientras con una tercera parte del ejército de Portugal se encontraba á tanta distancia, era difícil para el mariscal Marmont abandonar el Tajo con las otras dos terceras partes y establecer así distancias nuevas entre él y su principal lugarteniente. Sin embargo, el mariscal Marmont, aunque muy capaz de juzgar sobre el mérito de las órdenes que recibía, las ejecutaba porque era obediente y se sentía menos animado que la mayor parte de sus demas camaradas por las pasiones personales. A mayor abundamiento había recibido informes de que, rechazados los ingleses de Ciudad-Rodrigo á fines del anterior setiembre, preparaban una nueva tentativa, y se puso en movimiento con el fin de trasladarse de las márgenes del Tajo á las del Duero y llevar su cuartel general de Naval moral á Salamanca. Para obviar los inconvenientes de esta situación extraña, de pronto no envió mas que sus hospitales, su material y dos divisiones, y dejó otras dos en el Tajo para alargar la mano al general Montbrun. Llevando la prevision mas lejos de lo que por lo común se acostumbra preparó en Salamanca otro material de artillería para las tropas dejadas junto al Tajo, á fin de que en caso apremiante se le pudiesen unir por caminos muy cortos, pero impracticables para la artillería. Estas tropas tenían órdenes para abandonar sus cañones y no llevarse mas que los tiros, si fuese urgente su llegada.

Vese pues qué situación tan singular como peligrosa produjo la precipitación en llevarlo todo á

Valencia, seguida de la otra precipitación de llevarlo todo á Castilla, á fin de preparar la partida de las tropas destinadas á Rusia. Muy indolentes ó muy mal informados habían de ser los ingleses para que desaprovecharan tales ocasiones. Aunque poco fecundo lord Wellington en combinaciones ingeniosas y atrevidas, estaba atento á las ocasiones que la fortuna le presentara. No las creaba, pero las asía, y en lo general esto basta, porque siempre son mas seguras las que la fortuna ofrece, al par que nunca las crea uno por sí propio mas que á costa de muchos azares y peligros.

Ya hemos explicado cómo, obligado á hacer algo, y no siendo nada preferible á intentar la conquista de Ciudad-Rodrigo ó de Badajoz, lord Wellington estaba en acecho, sobre un camino bien desembarazado, pronto á lanzarse sobre una de las dos plazas, tan luego como creyera contar veinte ó veinte y cinco dias para dar cima al asedio. Ahora bien, la concurrencia de todos los franceses hácia Valencia, lo cual le constaba que produjo en Madrid sumo cuidado (1) era una coyuntura que le aseguraba de cierto los veinte y cinco dias de que necesitaba. Antes de que este mariscal lo supiese, antes de que pudiera llamar al general Montbrun á su lado, antes de que pudiese volver de Navarra para reforzar al ejército de Portugal, y antes de que todas estas reuniones pudiesen llevar cuarenta mil hombres bajo los muros de Ciudad-Rodrigo, de seguro tenia lord Wellington espacio para acometer y tomar esta plaza. Agréguese que todo

(1) Nada digo por conjetura, sino con los despachos de lord Wellington á la vista.



lo habia trasladado á este punto; que no habia abandonado los contornos desde que el mariscal Marmont y el general Dorsenne avituallaron á Ciudad-Rodrigo; que empleó el tiempo en curar á sus enfermos, en juntar sin ruido su parque de artillería de grueso calibre; que ninguna operacion preliminar tenia que ejecutar en suma, y que podia comenzar el sitio, objeto de su ambicion, al dia siguiente de su primera marcha. De consiguiente resolvió emprenderlo sin demora.

Aun antes de la cruel sorpresa que nos preparaba en castigo de nuestros errores, causónos un disgusto de los mas amargos con la refriega sufrida por el general Girard cerca de Arroyo Molinos. Háse visto que el mariscal Soult dejó al general Drouet en Mérida para observar á Extremadura. Este no mandaba ya el 9.º cuerpo disuelto y distribuido en las divisiones del ejército de Andalucía, sino el 5.º, vacante por la vuelta del mariscal Mortier á Francia. Se habia autorizado el mariscal Soult para extender hasta los alrededores de Cáceres la exaccion de las contribuciones, y colocado el general Girard, enérgico si bien poco vigilante, á la cabeza de una de las divisiones de este cuerpo, se adelantó hasta la misma ciudad de Cáceres en la cuenca del Tajo, mientras el cuerpo á que pertenecia se hallaba en Mérida junto al Guadiana. Muy imprudente era enviarle tan lejos, y no menos imprudente en él no guardarse mejor en posicion tan aventurada. El general inglés Hill estaba cerca de allí en Portalegre. Excitado por lord Wellington á no estar inactivo, aprovechóse anhelosamente de la coyuntura que se ofrecia y era de las mas favorables, pues no tenia mas que remon-

tar secretamente la cuenca del Tajo para cortar al muy confiado general Girard su línea de comunicacion con el Guadiana. Asi lo hizo y llegó por la espalda muy cerca del general Girard el 27 de octubre por la noche. Avisósele del peligro que le amenazaba; pero con la seca prontitud del valor incauto, respondió al general Briche que se lo advertia: *Donde quiera no veis mas que ingleses*; respuesta de las mas ofensivas y de las menos merecidas por el general que la recibia. No obstante, reconociendo el general Girard la urgencia de retroceder camino, ya habia puesto en marcha á una de sus brigadas, y con la segunda esperaba la mañana del 28 cerca de Arroyo Molinos al alcalde de Cáceres, que habia prometido llevarle mil onzas de oro, que á esta ciudad se habian impuesto, cuando se convenció de su injusticia respecto del general Briche aunque tarde. Envuelto por mas de diez mil hombres, seis mil ingleses y cuatro mil portugueses, trató de compensar su imprevision con su arrojo, y llegó á abrirse paso, si bien sacrificando un batallon de retaguardia, compuesto de compañías de preferencia, y teniendo á su cabeza un oficial que ya se habia portado bien en la Albuera, el comandante Voirol. Este batallon cercado por todas partes, defendióse con heroica bravura, pero fué abrumado y quedó prisionero todo. Esta cruel refriega nos costó cerca de dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y fué para los ingleses un verdadero motivo de gozo, pues les proporcionaba un hecho notable para llenar con alguna cosa el largo vacio del verano, y para ocupar con una relacion halagüeña á la opinion pública de Inglaterra, detenida ante los dos asaltos á Ba-



dajoz rechazados y el último avituallamiento de Ciudad-Rodrigo por los franceses. El general Girard fué enviado por el general Drouét al mariscal Soult, por el mariscal Soult al emperador, para que diese cuenta de su conducta. Para ser justos sus gefes, despues de acusarle de imprevisión, debieron acusarse á sí mismos de una imprevisión igual cuando menos.

Desgraciadamente algo peor nos habia de suceder muy pronto, siempre por falta de vigilancia, tan frecuente en toda guerra, si bien mas en la de España que en otra alguna, á causa de la variedad infinita de accidentes, y sobre todo de la extremada division del mando. Ciudad-Rodrigo, en cuyo asedio, segun se acaba de decir, pensaba lord Wellington durante la convergencia de nuestras fuerzas hácia Valencia, iba á suministrar un nuevo y triste ejemplo. Esta plaza, situada entre el ejército del Norte y el ejército de Portugal estaba puesta bajo la responsabilidad de dos gefes, lo cual equivale á decir que bajo la de ninguno, el mariscal Marmont y el general Dorsenne. Sin embargo, este último, á quien se impuso el cuidado de avituallar á la guarnicion de Ciudad-Rodrigo (providencia dictada para disminuir las cargas del ejército de Portugal) debia haberse ocupado mas particularmente en la custodia de la plaza. Pero, muy capaz de mandar una division en campo raso, no entendia nada el general Dorsenne de la defensa de las plazas, y fió al general Barrié, no mas entendido en la materia, que atendiese á la de Ciudad-Rodrigo. Le dió mil ochocientos hombres para guardar una plaza que, para ser defendida con éxito venturoso, necesitara cinco mil por lo

menos. Solo veinte y cuatro dias tardaron los franceses en tomarla contra seis mil españoles provistos de todo y tan valientes como fanatizados. ¿Cuánto tiempo se podrian mantener allí los franceses, sin ninguno de los medios de que disponian los españoles y considerándose como sacrificados de antemano por negligencia de sus gefes? No hubo de ocurrirle al general Dorsenne esta pregunta, y haciendo memoria de haber llevado viveres á Ciudad-Rodrigo en compañía del mariscal Marmont algunos meses antes, ya no pensaba ó pensaba poco en esta plaza.

Sin embargo, el general Barrié, que se hizo cargo de la situacion, desde fines de diciembre no dejó de dar parte al gefe del ejército del Norte de los movimientos del enemigo, que, aun cuando esmeradamente ocultos, eran muy perceptibles; de anunciarle que sus viveres se acabarian por febrero; que su guarnicion era insuficiente; y que sucumbiria muy pronto, si era formalmente atacada. Estos avisos fueron recibidos como los del general Briche al general Girard, como importunidades de oficiales que se quejan siempre, y piden mas de lo que necesitan y de lo que es posible darles. En todos tiempos se modelan todos por el gefe, y tratando Napoleon á menudo por ilusion ó por cálculo de este modo á sus generales, no habia á la sazón oficial mediocre que no hiciera lo mismo respecto de sus subordinados.

De consiguiente quedó entregada la plaza á sí misma con una guarnicion de mil ochocientos hombres, reducida á mil quinientos por las enfermedades, la desercion y las escaramuzas cotidianas con los corredores españoles de fuera. Se re-



paró la brecha por donde entraron los franceses, si bien con piedra seca, á falta de materiales para repararla de otro modo. Sobre la loma, llamada el gran Teso, de donde partieron los aproches del mariscal Ney, construyóse un reducto de fuerza insignificante, y extramuros se ocuparon los conventos de San Francisco y de Santa Cruz lo mas con doscientos hombres, lo cual reducía á mil trescientos la guarnicion encargada de guardar el recinto.

Despues de traer lord Wellington muy á las llamadas su parque de sitio cerca de la frontera, traspúsola el 8 de enero de 1812, esperando que, antes de la vuelta de las tropas enviadas por el ejército de Portugal á Valencia, y por el ejército del Norte á Navarra, tendria tiempo de señorear una plaza tan desprovista de medios de defensa como á la sazón parecia estarlo Ciudad-Rodrigo. Para mayor seguridad resolvió llevar de prisa todos los ataques, lo cual la debilidad de la guarnicion debia hacer poco peligroso.

Habiendo pasado el mismo dia 8 el Aguada y embestido la plaza, quiso apoderarse aquella misma tarde de la luneta establecida sobre el gran Teso. Armada de tres bocas de fuego, sostenida por cincuenta hombres, no podia oponer gran resistencia, y efectivamente, asaltado el infeliz destacamento de pronto, cuantos lo componian perdieron la libertad ó la existencia. Inmediatamente despues, lord Wellington, que no contaba menos de cuarenta mil hombres, empezó los trabajos con inmensa porcion de brazos, y envolvió con sus trincheras toda la plaza desde el convento de Santa Cruz hasta el de San Francisco. Lo indicado era

batir las murallas donde abrieron los franceses las brechas, y por este lado fueron dirigidos los aproches. Como los conventos de Santa Cruz y de San Francisco cogian las trincheras inglesas de flanco, determinóse tomarlos á fuerza de gente. No era difícil porque no teniamos mas que cincuenta soldados en uno y ciento cincuenta en otro. Lord Wellington hizo tomar el de Santa Cruz en la noche del 13 al 14, y los cincuenta hombres que lo ocupaban, insuficientes para sostenerlo, se retiraron despues de portarse lo mejor que les fué posible. Una salida hizo el general Barrié para recuperar este puesto, y logrólo efectivamente, mas lo tuvo que evacuar de nuevo ante la muchedumbre de asaltadores. Todavía mas importaba á los contrarios el convento de San Francisco, pues molestaba con sus fuego la izquierda de las trincheras inglesas, por la cual lord Wellington queria emprender un segundo ataque. Asaltados por fuerzas tremendas los ciento cincuenta hombres, que custodiaban este edificio, amenazados con ser cortados de la plaza, se retiraron despues de clavar sus cañones. Con mayor experiencia de la defensa de las plazas hubiera sabido el general Barrié que empeñarse en conservar puestos destacados con tan poca gente era comprometer hombres sin fruto. Por lo demas, aun sabiendo lo que ignoraba, no pudiera hacerlo mucho mejor con las tropas de que disponia, y conviene tambien añadir que, encerrándose en la plaza para limitarse á la defensa del recinto, no prolongara mucho la resistencia.

Tomadas todas las obras exteriores, dirigió lord Wellington veinte y seis bocas de fuego contra la antigua brecha, y en pocas horas las piedras sin



argamasa se desmoronaron con facilidad espantosa, y vino á ser practicable el asalto. Aquí lo mismo que en Badajoz, aprovechándose de la costumbre que tenian los ingleses de batir en brecha antes de destruir la contraescarpa, probaron valerosamente los sitiados á limpiar de escombros el pie de los muros. Pero, poco numerosos, mal cubiertos por la contraescarpa y el glasis, fueron rechazados en breve por el fuego enemigo, y amontonando escombros la artillería inglesa al pie de la brecha pudo rehacer la subida. Lord Wellington habia aprendido en Badajoz cuánta empresa era asaltar plazas defendidas por franceses, y conoció que para darla cima se necesitaba un segundo ataque, no fingido, sino formal, para dividir la atención de los sitiados, y turbarles con dos asaltos dados al mismo tiempo. Por tanto hizo establecer una nueva batería de brecha á la izquierda de sus trincheras hácia el convento de San Francisco, y gracias al material de que disponia, pudo batir el recinto á muerte. Bien servida la artillería de la plaza, contrarió mucho sus nuevos trabajos, pero nada pudo contra el gran número de operarios, y pronto en este segundo punto, se consideró practicable la brecha, aunque menos ancha que en el otro.

Decidido á morir el general Barrié con las armas en la mano, empleó los medios ordinarios del arte para resistir el asalto. Dispuso levantar una doble trinchera detrás de las brechas, situada á los costados con cañones cargados de metralla, bombas de mano para arrojárlas desde la cima, y tropas escogidas á la espalda. No teniendo mas que unos mil hombres para defenderse, necesitando guardar dos brechas y vigilar toda la circunferen-

cia de la plaza, le quedaban por sola reserva unos cien hombres contra una columna que hubiera forzado el recinto. Sin embargo, intimidado por el general inglés, respondió como hombre de honor que moriria sobre el baluarte, y no capitularia de modo alguno. Meritoria era la respuesta, pues en el estado á que se hallaba reducido, las reglas de la defensa de las plazas, aun honrosamente entendidas, le hubieran permitido entrar en ajustes.

Durante la noche del 48 al 49 de enero, lord Wellington lanzó dos columnas de asalto sobre el recinto y dispuso reservas para apoyarlas. La columna dirigida sobre la gran brecha á la derecha, despues de correr al descubierto hasta el borde del foso, despues de precipitarse dentro, probó á trepar los escombros del muro y fué detenida muchas veces por la metralla, por las granadas y por el fuego de fusilería á quema ropa. El general Barrié, que se hallaba en este punto como el mas amenazado, pudo lisonjearse un momento de alcanzar la victoria. Llamado por los gritos á la pequeña brecha, creyó que estaba tomada y acudió allí con la reserva, si bien reconociendo que era una falsa alarma, volvió á la grande. Pero la segunda columna, despues de ser repelida de la pequeña brecha, volvió allá reforzada, venció el puesto de cazadores que la defendia, y penetró en la ciudad. Suponiendo ahora el general Barrié que era otra falsa alarma, no acudió tan pronto, y cogida por detrás su columna, que defendia la gran brecha, se vió obligada á rendir las armas. Hasta el último extremo habia llevado la defensa la guarnicion y su caudillo; no se les podia reprimir mas que por



algunas faltas materiales, y conviene añadir que, aun evitándolas, no salváramos la plaza. Aunque aliada la ciudad, fué entregada al saqueo, hallándose obligado lord Wellington á conceder este acto de barbarie al espíritu de sus tropas. Profundamente respetamos á la nacion inglesa y á su ejército valeroso, pero séanos lícito hacer notar que no se necesita semejante estímulo para los soldados franceses.

Así atacada la plaza el 8 de enero, sucumbió el 18 por la noche, y de consiguiente fué tomada en diez dias. Semejante resultado podría parecer extraordinario; pero el estado de ruina de las fortificaciones, la escasa guarnicion, el gran número de sitiadores, y fuerza es decirlo, la prodigalidad con que lord Wellington gastó hombres, el que tanto se esmeraba en economizarlos en campo raso, explicaban la celeridad del triunfo. Este sitio no le costó menos de mil trescientos á mil cuatrocientos soldados, muertos ó heridos, y algunos de sus mas distinguidos oficiales, especialmente el bizarro y atrevido Crawford, jefe de la division ligera. No teniendo los ingleses tropas especiales de ingenieros, siendo los que hacian de tales poco versados en el arte profundo de Vauban, aunque fuesen muy entendidos, atropellaban los aproches, descuidaban el establecimiento al borde del foso, dejaban subsistente la contraescarpa, y en seguida daban los asaltos á fuerza de hombres. Despues de fracasar delante de Badajoz este sistema, no triunfó en Ciudad-Rodrigo, sino por medio de muchos ataques simultáneos, modo de proceder que exige un ejército considerable, inmenso sacrificio de hombres y finalmente mucha energía, y que tam-

bien puede fracasar delante de guarniciones numerosas y resueltas (1).

Sea lo que fuere de esta cuestion puramente técnica, la prontitud de la toma de Ciudad-Rodrigo, fué como un rayo para los gefes del ejército del Norte y de Portugal y para el estado mayor de Madrid. Este último debió experimentar menos sorpresa, puesto que censuró la convergencia de todas las fuerzas hacia Valencia, de la cual se supo aprovechar lord Wellington tan á maravilla. El mariscal Marmont fué quien se mostró mas afligido. En el momento en que supo el principio del asedio de Ciudad-Rodrigo, esto es hacia el 10 de enero, se hallaba ocupado en trasladarse de las márgenes del Tajo á las del Duero, contando lo menos con una defensa de veinte dias y esperando reunir para esta época cinco de sus divisiones, y aun quizá seis de las siete, y obtener del ejército del Norte mil doscientos ó mil quinientos hombres de tropas auxiliares, lo cual le permitiera ir con mas de cuarenta mil soldados en auxilio de la plaza sitiada. Pero la negligencia del general Dorsenne, encargado de proveer á la seguridad de Ciudad-Rodrigo, habia acertado mucho la duracion de la resistencia posible, y fuerza es añadir tambien que el mariscal Marmont, tomándose veinte dias para socorrer la plaza, aunque no excediese en este cálculo el limite de una defensa ordinaria, no habia pensado en los accidentes que desbaratan á menudo las provisiones mejor fundadas. Sin embargo, aunque de carácter muy generoso, el mariscal Marmont se

(1) No hacemos mas que reproducir el dictámen de lord Wellington sobre la manera de proceder de los ingenieros ingleses.



dió á decir que el general Barrié era un miserable, porque no habia sabido defender el puesto que se le tenia confiado. De igual modo salió el general Dorsenne del trance, y como acontece á menudo los mas culpables acusaron al que lo era menos de todos, y que no lo era nada en las actuales circunstancias, porque resistir á las amenazas del asalto, recibirle y no rendirse mas que al asaltador victorioso, es el último término de las obligaciones impuestas á los gobernadores de las plazas.

Por lo demas ya se concibe la desesperacion de los generales en jefe de los ejércitos del Norte y de Portugal, pues Castilla la Vieja quedaba descubierta del todo, y nuestra linea de comunicacion estaba expuesta á las tentativas de un ejército sólido, al cual nunca habiamos batido verdaderamente y que empezaba á salir de su circunspeccion acostumbrada ¿de qué serviria en lo venidero ocupar á Valencia, á Sevilla, á Badajoz, si podian penetrar hasta Valladolid los ingleses?

Muy vigilante el mariscal Marmont respecto de lo que le concernia directamente, conoció el peligro de posicion semejante, y viendo á Ciudad-Rodrigo perdida trató de suplir su falta, ejecutando en Salamanca algunas obras de defensa, pues habia venido á ser la capital del territorio de su mando, como fué teatro despues de una sangrienta batalla. Mucha actividad é inteligencia acreditó en la eleccion de las obras que habian de ser construidas; sirvióse de tres grandes conventos extramuros de Salamanca, para suplir la falta de fortificaciones regulares; y estableció alli cierta especie de campo atrincherado que una tropa resuelta podia defender por largo tiempo. Seguidamente se ocupó

en crear almacenes y hospitales, en instalar su ejército lo mejor posible, género de cuidado á que en la escuela de Napoleon habia contraido el gusto, y hasta cierto punto el talento.

Al fin las tropas del general Montbrun se hallaron de vuelta, pero aun cuando el mariscal Marmont tuviera á sus órdenes inmediatas seis hermosas divisiones de infanteria y dos de caballeria, no se mostraba tranquilo al considerar la extension de su tarea. Solo contaba cuarenta y cuatro mil hombres de infanteria, y necesitaba no menos de diez mil para guardar el puente de Almaráz sobre el Tajo, los puertos de Baños y de Perales sobre el Guadarrama, Zamora junto al Duero, y Leon y Astorga á la parte de Asturias. De consiguiente no le quedaban reunidos mas que treinta y cuatro mil infantes, y agregando su caballeria y su artilleria cuarenta mil hombres á lo sumo. Ahora bien el ejército anglo-lusitano podia actualmente presentar en linea sesenta mil hombres, mitad ingleses y mitad portugueses y buenos soldados. No era cuerdo luchar ni aun con cincuenta mil hombres contra ejército semejante, á menos que se les tuviera bajo la mano, bien vestidos, bien armados, bien alimentados, y no destacados para una porcion de servicios accesorios, como se necesita en un pais donde se tiene á la poblacion entera en contra. Por lo que hace al socorro de cuatro mil hombres sacados del ejército del centro, con razon le consideraba el mariscal Marmont como una quimera, atendida la situacion de la córte. No contaba mas que con los doce mil hombres del general Caffarelli, que habia reemplazado al general Dorsenne, y que en el estado de las provincias del Norte debia hallar



muchas razones plausibles para hacer esperar, y hasta para negar su contingente. Asi pues no dormia sosegadamente, pensando en todos los peligros que se le podian venir encima. Otra parte habia de su tarea que no le espantaba menos, y era la defensa de Badajoz. Un presentimiento recóndito, que hacia mucho honor á su talento, le decia que lord Wellington era muy capaz de ir á sorprender á Badajoz despues de haber tomado á Ciudad-Rodrigo, y se preguntaba cómo haria para dejar á Castilla casi al descubierto, y para volver en auxilio de Badajoz á quince marchas cuando menos de Salamanca. En medio de estas perplejidades envió á París aun ayudante de campo de su confianza para que expusiera á Napoleon estos peligros, y le dijera que en su concepto el único medio de hacerlos frente se limitaba á reunir los ejércitos del Norte, del centro y de Portugal bajo un solo mando. Seguro entonces de ser obedecido y de tener siempre á la mano cincuenta ó sesenta mil hombres por virtud de una buena distribucion de fuerzas, creia hallarse en estado de resistir á los ingleses. Aunque para él fuera considerable tal mando y ni su reputacion ni sus servicios estuvieran al nivel de pretension semejante, sin embargo lo que proponia era mejor que la actual division de fuerzas, y quizá evitara muchas desdichas. A falta de esta concentracion de mando solicitaba el mariscal Marmont que se le enviara á servir á otro punto.

Gran desventaja era para Napoleon, propenso á la desconfianza por carácter y por su largo manejo de los hombres, hacer que se traslucieran pretensiones personales, aun dándole un consejo provechoso. Amaba al mariscal Marmont, á quien

tuvo por ayudante de campo y cuyas dotes apreciaba por lo estimables y brillantes, pero de resultas de una larga familiaridad contrajo el hábito de tratarle ligeramente y no hizo gran caso de sus pareceres, diciendo que la ambicion se le subia á la cabeza y que no era capaz de tal mando; que para satisfacerle habria que desposeer á José del ejército del centro, lo cual era imposible; que por otra parte se mezclaba el mariscal en lo que no le incumbia; que Badajoz no estaba ya confiado á sus cuidados; que no tenia que hacer mas que guardar bien el Norte de la Península contra los ingleses; que no se le pedia mas que esto; que la defensa de Badajoz tocaba al ejército de Andalucía, y que este bastaba si los ingleses no atacaban la plaza mas que con dos divisiones, á saber, el cuerpo de Hill reforzado; pero que si la atacaban con cinco, á saber, casi la totalidad del ejército y lord Wellington á su frente, entonces habia para el ejército de Portugal un medio seguro de hacerle soltar la presa, y era el de arrollar los destacamentos dejados á lo largo del Agueda, meterse por Coimbra y marchar hasta sobre Thomar, en cuyo caso lord Wellington se veria muy obligado á retroceder camino y á renunciar á Badajoz; que era forzoso atender á esta manera de maniobrar si llegaba tal caso, no abandonar ya la custodia de Castilla, y si venia á ser urgente socorrer al ejército de Andalucía, hacerlo adelantándose por la Beira y la izquierda del Tajo hasta Coimbra ó hasta Thomar, cuidando siempre de cubrir nuestra línea de comunicacion con los Pirineos.

Estas miras eran juiciosas como todas las de Napoleon en materia de guerra, pero juiciosas de una manera generalisima, no siendo imposible que